Los bárbaros levantan la cabeza, y ven dibujarse allá en el cielo la figura de una mujer.

¡La abuela! ¡La abuela! — gritan cayendo de rodillas en un charco de sangre. Baja, abuela, baja, y traenos la paz.

¡Hijos míos! ¡Desgraciados hijos míos! ¿Como

queréis que os dé la paz, si vosotros mismos habéis renunciado a ella? ¿Como queréis salir de vuestro estado, si habéis huido de vuestro único Salvador?

El pueblo baja la cabeza y se queda pensando».

Déjalo pensar, lector querido, que tarde o temprano él descubrirá quien tiene razón.

La batalla de Covadonga

POR JOPLAN.

LOS godos perecieron parte por la espada, parte por el hambre. Los de real estirpe que lograron salvarse, unos marcharon a Francia y los más se refugiaron en esta patria de los asturianos y eligieron por rey a Pelayo, hijo del duque Fáfila, de sangre real. Apenas se enteraron de esto los sarracenos, enviaron a Asfurias un ejército innumerable, mandado por el duque de Alcama — que fué uno de los que invadieron a España con Tarec, — a quien acompañaba Opas obispo metropolitano de Sevilla, hijo del rey Witiza, por cuya traición perecieron los godos.

Tan pronto como Pelayo tuvo noticia de la irrupción, se retiró al monte Auseva, a un hueco que se llama «cueva de Santa María»; poco después se vió cercado por el ejército enemigo, y acercándosele el obispo Opas le habló de esta manera: «Se que no se te oculta que no ha mucho, estando España unida bajo el cetro de los godos y congregado todo su ejército, no fué capaz de sostener el choque de los Ismaelitas; por consiguiente, ¿cómo podrías tu defenderte en este agujero del monte? Escucha mi consejo; desiste de tu intento para que puedas gozar de los bienes que fueron tuyos, viviendo en paz con los árabes». A esto contestó Pelayo: «Ni haré amistad con los árabes, ni me sujetaré a su imperio. ¿No sabes tu que la Iglesia de Dios se compara a la luna, que desaparece y vuelve de nuevo a reaparecer en toda su plenitud? Confiamos pues, en la misericordia de Dios, en que de este pequeño monte que ves saldrá la salvación de España y del ejército de los godos, a fin de que cumplan en nosotros aquellas palabras: «Castigaré sus iniquidades y pecados, pero no se apartará de ellos mi miseri-

cordia» Pues si hemos recibido una severa pena bien merecida, esperamos de su clemencia que nos devolverá la Iglesia y las gentes del reino. Despreciamos por lo tanto, esa multitud de paganos que de ningún modo tememos.

Volviéndose entonces el nefasto obispo al ejército, les dijo así: «Preparaos inmediatamente a la pelea, que solo con la espada alcanzaréis la paz». Empuñan al instante las armas y se traba la batalla; levántanse las piedras, apréstanse las hondas, vibran las espadas, blándense las lanzas y se arrojan incesantemente las saetas. Pero aquí no podía faltar el poder de Dios.

Y así sucedió que al llegar a la cueva de la Santísima Virgen, las piedras lanzadas por los honderos se volvían sobre los mismos que tiraban haciendo un horroroso estrago entre los caldeos. Y como el Señor no tiene en cuenta el número de espadas, sino que dá la victoria a quien le place, habiendo salido de la cueva los fieles a pelear, huyeron inmediatamente los caldeos, dividiéndose en dos bandos. En seguida fué hecho prisionero el obispo Opas y muerto Alcama.

Allí mismo quedaron sin vida 124.000 caldeos; los 63.000 restantes subieron al monte Auseva y por las quebradas del monte Amosa bajaron precipitadamente al territorio de Liébana. Pero tampoco estos pudieron escapar a la venganza del Señor, porque cuando marchaban por la cima del monte, situado a orillas del rio Deva, junto a la heredad llamada Causegadía, aconteció, por justo juicio divino, que, desprendiéndose desde sus cimientos una parte de aquel monte, sepultó en el rio de una manera verdaderamente maravillosa a los 63.000 caldeos y los aplastó, descubriéndose aun hoy día los restos de las armas y